

El extraordinario secreto de Gregory

Charlies27



Capítulo 1

En el orfanato donde pasé mis primeros años, un edificio tan gigantesco como triste, solo había una cosa que aportaba algo de color y alegría a nuestras vidas, el jardín, pero solo daba color y alegría en primavera. Durante el resto del año parecía fundirse con el edificio, se contagiaba del ambiente deprimente y opresivo que se respiraba por sus pasillos, y los colores marrones y grises, que llenaban cada rincón desde nuestras habitaciones hasta la entrada principal, se extendían como una plaga hacia él, que terminaba perdiendo los demás colores a excepción de un poco de verde que apenas aguantaba al pie de un viejo y enorme árbol. Desde julio hasta mediados de marzo ese verde, que no era más que algo de musgo, se mantenía gracias a la humedad que allí parecía perpetua en otoño e invierno y al cuidado constante de Gregory en la época estival. Gregory se dedicaba al mantenimiento y era de alguna forma como el jardín, la única persona que no llevaba en su mirada aquella tristeza que el orfanato parecía grabar en la mirada de cada una de las personas que entraban en él.

Aunque es la persona mas importante de esta historia, permíteme que no haga una descripción detallada de Gregory, te diré que era mayor, muy delgado y de pelo y barba blanca, en esta historia como en cualquier otra la imaginación debe ser lo más importante, así que el resto te lo dejo a ti. Si te diré un par de cosas más que creo que deberías tener presente cuando te lo imagines: Una sus ojos, me fascinaron desde que lo conocí, nunca fui capaz de saber de que color eran exactamente, a veces me parecían verdes, a veces azules y a veces grises, era como si le cambiaran constantemente, y la segunda su forma de andar, andaba algo encorvado como si cargara sobre los hombros con un gran peso. Mas allá de los rasgos de una cara u otra, si tienes presente estos detalles estarás imaginándote a Gregory. Es increíble lo que he llegado a parecerme a él. La primavera como puedes imaginarte era mi estación favorita. Cuando los días comenzaban a hacerse mas largos y el sol a calentar con mas fuerza, como por arte de magia, aparecían por el jardín los primeros brotes que poco a poco iban cubriéndolo todo, primero de verde y luego de un sinfín de colores. En esa época Gregory pasaba mucho mas tiempo cuidándolo, y yo los ratos que nos dejaban estar fuera me los pasaba viendo como trabajaba. Me encantaba ver como trataba a las flores que se iban abriendo.

"¿Te gustan las flores?", esa fueron las primeras palabras que me dirigió Gregory. Me había quedado embobado mirando como una mariposa jugueteaba entre ellas.

- Si, mucho señor Collins - Le contesté. Señor Collins era como le conocíamos todos, solo yo tuve el placer de poder llamarle Gregory.

-A ellas también les gustas tú - Debí ponerme rojo como los geranios de la vergüenza.

-¿Usted cree?.

-Por supuesto. Les hace muy felices verte aquí mirándolas.

-¿De verdad? - Me emocioné imaginando que todas las flores me esperaban cada día y se alegraban al verme llegar. Permanecí un rato mirándolas una por una entusiasmado, hasta que nos llamaron para que entráramos dentro.

- Hasta mañana señor Collins - le dije sonriendo.

- Hasta mañana - El también sonreía.

Aquel día comencé a conocer a Gregory.

No fui consiente entonces de lo que aquella frase, "a ellas también les gustas tú" me cambiaría. Imagina lo que supone para un niño creer que un maravilloso jardín le espera cada mañana, sobre todo un niño que vive prácticamente recluido entre muros, vigilado más que cuidado por criadoras que nunca le dieron la más mínima muestra de cariño ni mostraron interés ninguno hacia él. Aquella noche recuerdo perfectamente que me dormí pensando en las palabras de Gregory, y al caer rendido soñé con flores, flores gigantes que me rodeaban. Me encontraba en medio de un jardín, no tenía claro si era un jardín gigante o yo era pequeño. Caminaba entre ellas, tenía la sensación de que me miraban desde todas partes, pero no conseguía ver a nadie. Me veía solo, pero me sentía acompañado; sabía que vigilaban cada movimiento que hacía. De repente una sombra lo cubrió prácticamente todo, era Gregory, también enorme, estaba claro que yo era el pequeño. Se inclinó hacia mí, con su gigantesco dedo índice en sus gigantescos labios me indicó con gesto cómplice que guardara silencio y me guiñó un ojo. Me desperté extrañado pero muy tranquilo y feliz. Después de tantos años recuerdo aquel sueño como si acabara de despertarme.

A partir de ese día salía a fuera con muchas más ganas, corría hacia el jardín y daba los buenos días estuviera o no Gregory en ese momento, y me quedaba en silencio unos segundos imaginando a las margaritas, rosas y geranios devolviéndome el saludo. Poco a poco fui cogiendo la suficiente confianza con Gregory para aburrirlo a preguntas: El nombre de cada flor, como se regaba, como se podaba, por qué se secaban tan pronto... Pero a él parecía no importarle, al contrario, se mostraba encantado de satisfacer mi curiosidad, incluso comenzó a enseñarme cosas sin necesidad de esperar a mis preguntas.

-¿Quieres ayudarme a regar hoy? - Me preguntó una mañana, ofreciéndome la regadera.

-Sí, sí, señor Collins, me encantaría.

-Pues adelante - dijo dándome la regadera de latón oxidado, que me pesó más de lo que esperaba.

-Empieza por estas- dijo señalando unas margaritas violetas que teníamos delante en ese momento.

El jardín era prácticamente cuadrado unos caminos estrechos de albero lo cruzaban formando una cruz y lo dividían en cuatro partes. En el centro donde se encontraban los caminos había una quinta parte en forma de circunferencia de unos tres metros de diámetro rodeada por una pequeña vaya y justo en el centro estaba el viejo árbol al que Gregory parecía dar

un trato especial. Debajo entre sus gruesas y viejas raíces que sobresalían de la tierra, como en un intento de desenterrarse y echar a andar, el verde que nunca se secaba lucía espléndido aquellos días.

-¿Al árbol también hay que regarlo?- le pregunté cuando terminamos de regar el resto del jardín. Gregory pareció quedarse pensándoselo por unos segundos.

-No, todavía no - miraba fijamente hacia el árbol.

-¿Mas tarde?. Bueno, lo tendrá que regar usted, yo pronto tendré que ir dentro.

-¿Cómo? - parecía no haber escuchado mi respuesta. Volvía a mirarme - ah no, quiero decir hoy no. A los árboles no se les debe regar tanto como a las flores. Deben aguantar más, sino se vuelven débiles. Recuerda que las flores solo duran la primavera, la época más favorable para las plantas, en cambio los árboles tienen que aguantar las inclemencias del tiempo durante todo el año, tanto el duro frío del invierno como los días de fuerte sol del verano, y mimarlo no les hace bien. - Aquella forma con que Gregory cuidaba el árbol me pareció bastante parecida a la que en el orfanato usaban con nosotros, con la escasez de mimos y cariños, parecía que nos preparaban para vivir el resto de nuestras vidas bajo terribles inclemencias.

-Pero usted pasa mucho rato cuidándolo, ¿No?

-Es un árbol muy viejo, dicen que estaba aquí desde antes incluso que el edificio - volvía a mirar al árbol - y algún mimo extra necesita, pero solo lo justo, aún es bastante fuerte para valerse por él mismo - sus ojos brillaron grises y su sonrisa pareció ensombrecerse. La sirena sonó avisándome en ese momento. Le devolví la regadera, le di las gracias por dejarme ayudar y me despedí.

-Llámame Gregory.

-¿Perdone?.

-Que me llames Gregory, señor Collins es demasiado formal - nos sonreímos.

-Hasta mañana Gregory.

Pocos días después de mi primera experiencia como jardinero pasó algo fuera de lo normal. Como cada mañana salí corriendo hacia el jardín y saludé a mis coloridas amigas, Gregory no estaba. Esperé un largo rato, pero no aparecía. Me acerqué al cobertizo donde guardaba los utensilios para ver si estaba por allí, pero tampoco. Extrañado volví al jardín. Estaba pensando en donde podría estar, supuse que dentro del edificio arreglando algún desperfecto, cuando creí ver algo moverse al pie del árbol. Me acerqué despacio y me paré junto a la vaya que lo protegía. No se veía nada, solo las enormes raíces y la hierba verde de alrededor, pero nada más. Me fije en las oquedades que había entre las raíces; algunas eran bastante grandes y probablemente algún animal pequeño se hubiese escondido en ellas. Entonces lo vi. Desde una de ellas algo me estaba mirando, veía perfectamente sus ojos brillantes. Me asusté con la sirena que sonó en ese momento, miré hacia el edificio y cuando volví a mirar hacia el árbol los ojos habían desaparecido.

Una vez dentro del edificio, sin que me vieran -estaba prohibido andar fisgoneando por los pasillos- me escabullí y busque a Gregory por todas partes, pero no lo vi por ningún sitio.

No había visto a Gregory en todo el día. Acabábamos de tomar la sopa y el mendrugo de pan, nuestra última comida del día, y nos dirigíamos a las habitaciones cuando la directora del centro me llamó desde el fondo del pasillo. Todos los demás niños se quedaron mirándome extrañados, no era normal que me llamasen la atención, no era ni mucho menos un niño problemático. Me acerqué a la directora y agaché la cabeza preocupado y un poco asustado.

-Acompáñame - la directora se giró y echó a andar en dirección a las escalera - ¡vamos! - me ordenó al verme titubear.

Me aligeré y me coloqué detrás de ella. Bajamos las escaleras hasta la planta baja y salimos fuera. Se volvió para asegurarse de que la seguía. Bajó la escalinata de la entrada y giró hacia la izquierda. "¿A dónde me llevaba?". Íbamos dejando a la izquierda la fachada del edificio llena de grandes ventanales, que parecían más bien ornamentos decorativos, pues rara vez se abrían. En esa dirección estaba., nos dirigíamos., sí!, a la casa de Gregory. Gregory vivía en un pequeño edificio adosado al lateral del orfanato. La directora se detuvo frente a la puerta y golpeo con el llamador.

-¿Señor Collins?. - esperó.

-Pase. Está abierto.

La directora empujó la puerta que se abrió despacio. La oscuridad era ya casi total fuera, dentro la luz de dos candiles daban algo de luz a una sala que al parecer hacia de sala de estar, de habitación y de cocina. Allí estaba Gregory al fondo, sentado en una mecedora junto a una destartala cama. La sala estaba atestada de todo tipo de objetos y gran parte de las paredes estaban literalmente forradas de libros. La tenue luz de los candiles proyectaban un sinfín de sombras que parecían jugar a esconderse entre los objetos. Lo que más me llamó la atención cuando entré fue el peculiar olor; es uno de los recuerdos que con más cariño y añoranza guardo. Una mezcla de biblioteca y jardín que nunca volví a oler en otra parte. He olido muchos jardines y muchas bibliotecas, bibliotecas antiquísimas y siempre me han llevado a aquella noche en la que entré por primera vez en el hogar de Gregory, pero nunca volví a oler esa mezcla tan perfecta.

-¿Se encuentra mejor? - preguntó la directora. Parecía incómoda; miraba la sala como examinándola.

-Si, me encuentro mejor. Gracias.

-Señor Collins, ¿De verdad que no necesita ayuda?. Puedo mandar a que vengan a limpiar un poco. Al menos mientras se encuentra convaleciente.

-¿Ve usted suciedad?

-Perdone no he querido decir eso. Pero no deje de llamar si necesita ayuda.

-Se lo agradezco.

-Bueno le dejo con el chico. Vuelvo en un rato.

Gregory llevaba razón, la sala entera aunque llena de objetos y libros a rebosar estaba escrupulosamente limpia. Ni una mota de polvo ni una telaraña, todo se veía limpio.

-Acércate - me dijo en cuanto la directora cerró la puerta tras ella. Me acerqué despacio. - He hablado con la directora. Le he dicho que necesito un ayudante, alguien que este dispuesto a aprender el oficio. Me voy haciendo mayor y me gustaría ir enseñando a alguien. Le he ofrecido la posibilidad de tú te conviertas en mi aprendiz. Eres pequeño aún, pero eres un niño muy capaz. ¿Te apetece?

-¿Yo, su ayudante?

- y mi aprendiz.

-Claro, claro, me encantaría. Pero... ¿Qué le ocurre?, ¿se encuentra enfermo?

-Digamos que soy como nuestro árbol, voy necesitando algún que otro cuidado extra - su sonrisa seguía igual que siempre. - He amanecido algo pachucho, mis huesos no son lo que eran, pero solo necesito algo de reposo y en nada estaré como siempre. - permaneció unos segundos mirándome, parecía divertirse verme intentando no mirar hacia todas partes para no parecer grosero, pero evidentemente siendo incapaz de hacerlo. Mi curiosidad de niño superaba mi prudencia. - ¿Que te parece mi hogar?.

-Es... Increíble. Lo tiene lleno...

-De tuestos - sonrió divertido - la mayoría de las cosas que guardo aquí no sirven para casi nada, pero algunas te sorprendería saber su utilidad. - mirara donde mirara había algún objeto que no había visto nunca - ¿Te

gustan los libros?.

No sabía que responder, apenas me estaban enseñando a leer y me parecía difícilísimo, se me antojaba agotador, aunque me intrigaban cuando los veía en las estanterías, preguntándome que tendrían escrito dentro.

-Ya sabrás leer, ¿No?

-Un poco.

-Ya veo.

Sonó el llamador de la puerta.

-Los libros son increíbles, con ellos por ejemplo puedes viajar en alfombras mágicas, ser un caballero andante, salvar a una princesa. Puedes...

-¡Señor Collins! - llamó la criada.

- Mañana seguiremos. - me guiñó un ojo con ese gesto cómplice que ya le había visto una vez - ¡Pase!.

La directora entró y se detuvo como antes, prácticamente en el umbral de la puerta.

- ¿Ha hablado con el chico?

-Sí, mañana comenzará.

-Pues venga despídete del señor Collins, que es hora de dormir.

-Hasta mañana Gre... señor Collins.

-Hasta mañana - parecía que aguantaba la risa.

Después de tantos años. Ahora que todo es recuerdo: El orfanato, el jardín, Gregory, su hogar. Ahora que de alguna manera intento inmortalizarlo, antes de que el manto negro del olvido los cubra, como termina cubriéndolo todo, puedo decir que lo primero y más importante de todo lo que Gregory me enseñó fue a ser niño. Aquella noche me dormí pensando en su hogar lleno de libros y de misteriosos objetos, en alfombras mágicas y princesas, y entusiasmado por ser su aprendiz.